

## GONZALO DE OYÓN

---

### PRELUDIO

Voy recorriendo pensativo y mudo,  
Con paso lento, la esmaltada falda  
Por do el Cauca, entre ribas de esmeralda,  
Precipita su rápido caudal.  
De lo pasado en el abierto libro  
Mis ojos por las páginas errantes  
Leyendo van de los que fueron antes  
La virtud, el delito, el bien, el mal ;

Y los siglos, que ruedan envolviendo  
Hechos y nombres en común ruina,  
Cuya planta pesada peregrina  
Dejando en pos olvido y destrucción ;  
Los siglos se presentan apiñados,  
Leve punto en el tiempo do se hundieron,  
Y donde, en su naufragio, confundieron  
Nombres, historia, y gloria y tradición.

¿ Dónde están ; ay ! los inclitos varones  
Que cansaron la fama, á cuyos hechos  
Los límites de un siglo eran estrechos,  
Que, abrumado, á su peso se rindió ?



El más feliz al tiempo lanzó un nombre,  
 ¡ *Un nombre!* ¡ una palabra sin sentido,  
 Esparto leve al huracán cedido!  
 ¡ Ligeró corcho que á la mar cayó!

Mas á tu voz, ¡ oh patria! cuyos ecos  
 Repite el corazón, la débil mano  
 Extiendo (y por ventura extiendo en vano);  
 Y tras un nombre me verán correr.  
 ¡ Esfuerzo inútil, desigual combate  
 De endeble enano con gigante atleta!  
 Mas ¡ ay! ¡ sucumba el misero poeta,  
 Y pueda el nombre vida merecer!

¡ Ven, pues, memoria, ven! Tú eres tormento  
 Del desgraciado á quien tu peso oprime;  
 Á tu lúgubre aspecto, el hombre gime  
 Viendo surgir el olvidado mal.  
 Eres, memoria, espejo donde arde  
 El sol de la desdicha concentrado;  
 ¡ En un foco, en un rayo, lo pasado  
 Reflejas sobre el tímido mortal!

¡ Ven, oh memoria, ven! La patria mía  
 Es semejante á su infeliz poeta:  
 La desgracia también, con mano inquieta,  
 Meció su cuna, marchitó su sien;  
 Y hoy la insigne ciudad que yace sola,  
 Camello abandonado en el desierto,  
 Sigue abatida su destino incierto,  
 Cual, en su última edad, Jerusalén.

Desterrados sus hijos, sus laureles  
 Secos, y uno por uno deshojados;  
 Crujen sus torreones encumbrados,  
 Tristes sus lindas vírgenes están;  
 Y combatido de las recias olas  
 Que la barbarie por do quier subleva,  
 Su glorioso estandarte, en vano prueba  
 El sopló á resistir del huracán.

Y allí mis hijos, de la madre en torno,  
 Lloran sin quién á consolarlos vaya,  
 Vuelta la vista á la remota playa  
 Á do el común tirano me arrojó;  
 Y allí mi madre su viudez arrastra,  
 Y el flujo mira, sin apoyo, sola,  
 La náufraga infeliz, que á cada ola  
 Siente irse el bajo donde el pie afirmó.

¡ Payán! ¡ Payán! en tus anales veo  
 Siempre la flor guardada por espinas;  
 Al roce de sus hojas purpurinas  
 Punzante abrojo con mi mano da.  
 Si las dispersas, mutiladas hojas  
 Tímido exhibo sin color ni vida,  
 Es que mi mano, ¡ oh patria! dolorida,  
 Es que mi mano sin vigor está.....

¡ Mas ven, memoria! y atrevida arranca  
 De las hojas del libro del olvido  
 Una desgracia más. Prestad oído  
 Á mi canción, vosotros que lloráis...



Pero no; no me es dado las desgracias  
De Gonzalo cantar, porque la lira  
Mejor no pulsa quien mejor suspira;  
Mas lloraré si al llanto acompañáis.

## CUADRO PRIMERO

### PUBENZA

El héroe ibero con prudente tino  
Lo que al valor debió, guardar sabía;  
De Payán el imperio obedecía  
Á Benalcázar, lidiador tenaz;  
Y las tribus de bárbaros errantes,  
En torno unidas de la cruz izada,  
La cara independencia abandonada  
Osan apenas deplorar en paz.

Era muerto Pubén, sostén y gloria  
Del cacicazgo; el hijo generoso  
Entre suplicio bárbaro, espantoso,  
Rindió la vida á su Criador también;  
Y no quedada de la clara estirpe,  
Para baldón de un héroe y su vergüenza,  
Sino la hermosa, angelical Pubenza,  
Vástago tercio del mayor Pubén.

Dulce como la parda cervatilla,  
Que el cuello tiende entre el nativo helecho,

Y á la vista del can, yace en acecho,  
Con sus ojos de púdico temor;  
Pura como la cándida paloma  
Que de la fuente limpida al murmullo,  
Oye, al beber, el inocente arrullo,  
Primer anuncio de ignorado amor;

Bella como la rosa, que temprana,  
Al despuntar benigna primavera,  
Modesta ostenta, virginal, primera,  
Su belleza en el campo, sin rival;  
Tierna como la tórtola amorosa,  
Que arrulla viuda, y de su bien perdido  
La dura ausencia en solitario nido  
Llora, y lamenta su incurable mal;

Brillante como el sol, cuando refleja  
Sus rayos el cristal de la montaña,  
Si ni la lluvia, ni la nube empañá  
Su naciente, purísimo esplendor;  
Majestosa cual palma que se eleva,  
Y ostenta en la vastísima llanura  
Su corona imperial y su hermosura,  
Desafiando el rayo del Señor.

Pero en su frente pálida vagaban  
El dolor y la negra pesadumbre,  
Y de sus ojos la apacible lumbre  
Empañaba una lágrima fugaz;  
Y la vida arrastraba silenciosa,  
Devorando su misero tormento,



Porque al alma gentil ¡ay! ni un momento  
Otorgó Dios de plácido solaz.

He aquí á Pubenza : en ella el alma, todo  
Respira amor, pureza y hermosura;  
El hechizo en sus ojos, la dulzura  
Vaga sobre sus labios de clavel;  
Juega el blando placer modestamente  
Con las esbeltas formas de la indiana;  
India en amar, en resistir cristiana,  
Era su pecho á la virtud dosel.

¡Malhadada belleza! ¡malhadada  
Aun la heroica virtud de la princesa!  
Nada han valido, que sobre ella pesa  
El yugo de despótico señor.  
Padre tuvo Pubenza, y no le tiene;  
Hermano tuvo, mas también ha muerto;  
Y el mundo para ella es un desierto,  
Sin amigos, sin deudos, sin amor.

Pubenza es infeliz. Tiempos mejores  
Paz y felicidad le prometieron;  
Pero esos tiempos rápidos huyeron;  
¡Huyeron, sí, no volverán jamás!  
Huyeron, cual la nube del desierto  
Al ígneo soplo de huracán airado;  
Y quedóle el recuerdo del pasado,  
¡Ay! ¡tan sólo el recuerdo, y nada más!

Entre las huestes que la madre España  
Desbordó sobre un mundo de repente,

Vino Gonzalo, el joven, el valiente,  
De amor y gloria espléndido adalid.  
Clara es su raza en bélicas hazañas,  
Que en esos tiempos la virtud guerrera  
Temprana herencia de los hijos era :  
Llevábanlos sus padres á la lid,

Como el ave marina, que el polluelo,  
Desnudo aún de la flotante pluma,  
Precipita de lo alto hasta la espuma,  
Que hierve abajo en el bramante mar;  
Ó cual león que por la selva ruge  
Con el cachorro al lado, y se embelesa  
Viéndole abalanzar sobre la presa  
Y refrescar con sangre el paladar.

No era esta raza enferma, degradada,  
Que aspira, entre perfumes y mujeres,  
El aire enervador de los placeres,  
Sin fe, sin ley, sin Dios, sin corazón :  
Una piedra la almohada del guerrero,  
La tierra era su lecho suntuoso;  
Su alma en la gloria hallaba su reposo,  
Y su brazo en las armas, diversión.

Ya don Gaspar, el padre de Gonzalo,  
Dejó do quier los rastros de su gloria,  
Sin que un recuerdo diese á su memoria  
De la Historia veraz la gratitud;  
Y á su lado también lidió valiente,  
Álvar de Oyón, del buen Gonzalo hermano,



Que fué después, y se llamó *el Tirano*,  
Porque al crimen pidió reino y salud.

Viendo á su padre entre cadenas preso,  
Álvar del mundo injusto separóse,  
Pero su pecho de venganza hinchóse  
Contra España, sus leyes y su rey.  
Júzganle muerto, y solitario estáse,  
Víctimas señalando á su alto enojo,  
Cual de águila real certero el ojo  
Su presa elige entre la incauta grey.

Y el buen Gonzalo, huérfano, inocente,  
No halla, en el mundo nuevo Americano,  
Sino el vago rumor de que el hermano  
Yace en la tumba al par del genitor.  
Álvaro en tanto, cual taimada fiera  
Que escapó de reciente cautiverio,  
Desde el triste cubil mira el imperio  
Como premio futuro á su valor.

Sigue Gonzalo la paterna huella;  
Lidia de honor sediento, y por do quiera  
El entusiasmo de la huesta ibera  
Le captan su prudencia y su virtud.  
De Pasto por las bélicas legiones  
Es debelado el escuadrón hispano;  
Gonzalo acorre, anima al castellano,  
Vuelve, y vence á la ufana multitud.

La capital del Payanés imperio  
Mirase á fuego y sangre acometida;

Cede la turba bárbara vencida,  
Cede el Cacique á la imperiosa ley :  
Del vencedor sacrilego la espada  
Va á mancharse en la sangre del anciano,  
Pero Gonzalo la alevosa mano  
Castiga, y salva de Payán al rey.

En la cruda campaña, cuando el fuerte  
Valor desmaya y la constancia falta;  
Cuando el sueño los párpados asalta,  
Y sucumbe la hambrienta desnudez;  
Cuando el corto escuadrón tiembla, sitiado,  
De estéril roca en la tostada cima,  
Gonzalo vela, calla; y si habla, anima,  
Ora modesto, intrépido á su vez.

Bozo süave le esmaltaba apenas,  
Cual leve sombra, el labio delicado,  
Y en el rostro infantil ya era el soldado,  
El consejero, el héroe, el capitán;  
Ídolo de las huestes vencedoras,  
Amparo al infeliz americano,  
Éste la vida débele á su mano,  
Á ésas sus armas la victoria dan.

Y en medio de esos héroes con que mancha  
Sus páginas la historia de la tierra,  
Máquinas de exterminio, que la guerra  
Brotó y el mundo adora en la abyección,  
Aquella alma gentil, aquel Gonzalo,  
La frente alzaba cándida y serena,



De deber y de honor el alma llena,  
De piedad y de amor el corazón...

¡Flor solitaria en espantoso yermo,  
Que Dios puso entre espinas y entre abrojos,  
Por dar alivio á los cansados ojos  
Heridos del calor del arenal!  
¡Única fuente en árido desierto  
Que refresca al sediento peregrino!  
¡Sola enseña de bien en el camino  
Por donde siembra la conquista el mal!

Cual su aroma á la flor, así á Gonzalo  
Sigue Manuel, cuya agitada vida  
Está con la del héroe confundida,  
Y con él sufre, y gózase con él :  
Amigos en la infancia se abrazaron,  
La gloria y los trabajos los unieron,  
Y jamás los peligros sorprendieron  
Al buen Gonzalo lejos de Manuel.

Á la voz del honor atentos ambos,  
Éste de aquél admira el heroísmo,  
Y casi tiene celos de sí mismo  
Si logra en la virtud sobresalir :  
Se atribuyen su gloria; sus hazañas  
Están, como sus nombres, enlazadas,  
Y las dos existencias separadas  
No puede el pensamiento concebir.

Del Payanés imperio era heredero  
Payán, hijo del rey : su stirpe clara

Cualquiera fácilmente adivinara  
De su rostro en la augusta majestad;  
Mas al regio donaire del guerrero,  
Al valor, y á la atlética estatura  
Une una alma gentil, cándida y pura,  
Inagotable fuente de piedad.

Le ama Gonzalo; y él, agradecido,  
Da por afecto, afecto más ardiente :  
Le ama Manuel; y el príncipe valiente  
Paga amor con amor, con fe la fe :  
Los tres unidos por los dulces lazos  
De la amistad, el siervo americano  
Ve como hermano al vencedor hispano,  
Y éste á su hermano en el vencido ve.

Digno es de dicha el ínclito Gonzalo,  
Digno de que la suerte le bendiga...  
Mas ¡ay! no; ¡que la suerte es enemiga  
Del genio, de la gloria y la virtud!  
¡La suerte agosta con su soplo ardiente  
En nuestros pechos la mejor semilla,  
Porque la suerte próspera no brilla  
Jamás sobre la incauta juventud!

Gonzalo vió á Pubenza, y en sus ojos  
Buscó amor, halló amor : el rey anciano  
Bendijo al par, y el héroe castellano  
Cifró su dicha en la alma bendición :  
Y bajo un techo el par feliz vivía,  
Amándole ella candorosa y pura,



Él bebiendo la vida en su hermosura;  
Los dos un ser, una alma, un corazón.

¿Quién al doncel heroico predijera  
De su inocente amor la desventura,  
Al contemplar vencida á la hermosura  
Sobre su pecho reclinar la sien?  
¿Quién á la virgen casta que se entrega  
Al honor del doncel enamorado,  
Hubiera dicho entonces : *Desgraciado*  
*Será Gonzalo, y lo serás también?*

¡Nadie! ¡nadie! ¡En su púdico semblante  
Juegan las ilusiones adoradas!  
Flor virginal, sus hojas delicadas  
No abrasa el sol, ni turba el huracán.  
Y cual agita el céfiro süave  
El tierno cáliz de naciente rosa,  
Su mejilla, con púrpura gozosa,  
Amor colora en su inocente afán.

Y el dichoso doncel goza á su lado;  
Y el doncel es mayor; pero él no mira  
Por sí, ni alienta solo, ni suspira;  
Ella suspira, alienta y ve por él;  
Él no tiene más vida ni ventura,  
Que ella, principio y fin de sus acciones,  
Y ella, en todas sus tiernas emociones,  
Por su principio y fin tiene al doncel.

¡Los une la virtud! Brillan las horas  
De grata luz, de paz y venturanza,

Que acompaña el placer de la esperanza,  
Que anima el sol radiante del amor...  
¡Par infeliz! ¡contempla delirando  
En la dicha futura, en la presente,  
Y descuidado en su virtud, no siente  
La tempestad que ruje en su redor!

Fernando Benalcázar, el soberbio,  
Ama á Pubenza, adórala; alimenta  
Su alma altanera, indómita, violenta,  
La inextinguible, la feroz pasión;  
Y de todo es capaz : un pensamiento  
Ocupa entera su existencia amarga,  
Y del funesto amor bajo la carga,  
Se agita su rebelde corazón.

Y poderoso, del poder abusa;  
Y celoso corteja á la venganza;  
Y furioso de amor sin esperanza,  
Busca en el crimen su único sostén :  
Su carácter de fuego no permite  
Contradicción ni leve resistencia,  
Y en su absurda despótica potencia  
Busca el camino de un soñado Edén.

Cetro de hierro empuña; vida y honra,  
Todo está á su capricho encadenado :  
En el imperio vasto conquistado  
No hay más ley que su firme voluntad;  
Ella manda, ella impera, ella se cumple,  
Ni hay donde huír del lúgubre tirano;



Que se siente do quier su férrea mano  
Cual vasta, universal calamidad.

Un día vino, cuyo albor primero  
Halló de Dios el templo profanado,  
Y vió caer, de labio desmayado,  
Cabe el altar un funerario *si*;  
Y al pie del ara, sin color, sin vida,  
Una virgen modesta y hechicera...  
De cien caciques la última heredera,  
PUBENZA yace desmayada allí.

Ella, que por salvar al padre anciano,  
Ella, que ya privada de su amante,  
Al resplandor de lámpara oscilante,  
Esposa de Fernando se juró.  
Y el tirano cruel llevó contento  
La carga leve en sus robustos brazos,  
Y volvióla á la vida, entre los lazos  
Que su pasión sacrilega forjó.

¡Desgraciada mujer! y desgraciado  
Aquel que arroja en desigual balanza  
El amor de la virgen, su esperanza,  
Y de la hija el último deber :  
¡Su padre aquí! ¡su amor allá! Batallan  
La hija piadosa, la mujer que ama,  
Y, á la voz del deber que adentro clama,  
La hija piadosa vence á la mujer.

Corre la nueva en alas de la fama,  
Y el Cacicazgo entero se estremece,

Gonzalo, el buen Gonzalo no parece,  
¡Ay! ni parece el destronado rey,  
Ni Manuel, ni Payán. El hecho horrendo  
Tolera y calla el pueblo americano,  
Que donde impera el bárbaro tirano,  
Hablar es crimen, el silencio es ley.

¡Ah! ¡Pubenza! ¡Pubenza! ¿conque el fuerte  
Hijo del gran conquistador, te ha hecho  
Desleal á tu amor? ¿Mintió tu pecho?  
¡Ay! misera, ¿qué hiciste? ¿dónde estás?  
¿Dónde tu amante?... Un velo tenebroso  
Aun oculta el sacrilego misterio...  
Llora Pubenza en duro cautiverio :  
¡La mano ha dado, el corazón jamás!

¡Vive Fernando! ¡vive! de su suerte  
La estrella brilla, plácida y tranquila;  
Mas llega un tiempo en que su luz oscila,  
Y parece apagarse para él.  
Vago rumor de crímenes le acusa  
Indignos ¡ay! de su elevada cuna,  
Y en medio del poder y la fortuna,  
Aspira ambiente emponzoñado y hiel.

La frente clara, la cabeza erguida  
Ya no sostiene el cuerpo vigoroso :  
Clava en tierra los ojos, temeroso  
Del hombre no, del justiciero Dios;  
Y embozado en su manto, y solitario,  
Ora con paso medurado, lento,



Se inclina ante el atroz remordimiento,  
Ora de él huye, que le sigue en pos.

Al rumor que le acusa, con la muerte  
Sale al encuentro, y de la sangre vive,  
Y en medio de los crímenes percibe  
Que es imposible detenerse ya;  
Y por la suerte mísera empujado  
Matar pretende al pensamiento mismo,  
Y de crimen en crimen, al abismo  
Rodando á su pesar, rápido va.

Es el primer delito como el lurtre  
Que el huracán de los nevados lanza :  
¡Rueda! y en cada giro crece, avanza,  
En mole, y movimiento y solidez.  
¡Rueda! — de cumbre en cumbre despeñado,  
Las selvas sordo, con estruendo, arrasa,  
Hasta que al fin le rompe y despedaza  
Con estrago, su propia rapidez.

Busca alivio Fernando, ¿pero dónde?  
Del cielo aparta los enjutos ojos :  
En el jardín de amor sólo hay abrojos ;  
En la tierra hay esclavos, soledad.  
Pero nada le abate ; solo y fiero,  
Amor y tierra y cielo desafía :  
En su pasión, en su valor confía,  
Y desprecia á la abyecta humanidad.

Tan sólo con un fin humillaría  
La frente altiva, el alma de diamante ;

Y vaga eterno el pensamiento errante  
De aquel objeto idolatrado en pos.  
Es amor su fantástico delirio :  
Ama, aborrece, y amenaza, y ruega,  
Y, desoído, de su ser reniega,  
De gloria, y cielo, y religión, y Dios.

Siete veces el sol trajo el estío,  
Y siete veces le encontró penando,  
Porque el dolor se sienta con Fernando,  
Y vive con Fernando el padecer.  
La octava vez . . . ¡Silencio ! que ha sonado  
Bélica trompa cuya voz retumba . . .  
Busca ¡oh guerrero ! ¡una gloriosa tumba!  
¡Llama el clarín ! . . . ¡Silencio á la mujer !

## CUADRO SEGUNDO

### LA NUEVA PATRIA

Voy, por el campo que agostó el olvido,  
Recogiendo, con mano reverente,  
Las hojas secas del laurel perdido.  
Diré tus hechos, infeliz, valiente  
Gonzalo, amante, amado, perseguido ;  
Pero los busco entre el voraz torrente  
De los siglos, que ruedan, se confunden,  
Y en la infinita eternidad se hunden.